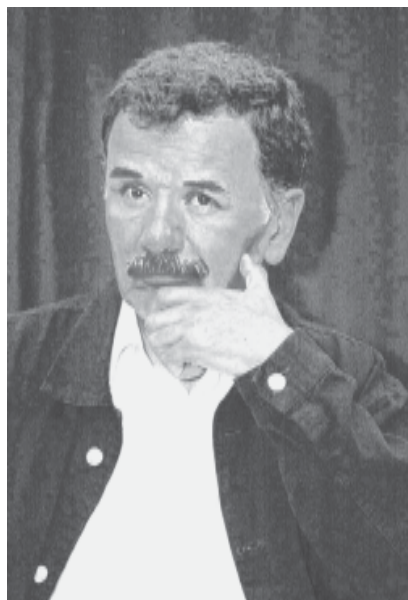


Viaje al Darién Del paraíso a la confusión de lenguas

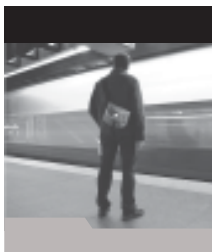


Álvaro Garzón Marthá
Magíster en Literatura
Universidad Javeriana

El último intento de Escocia por preservar su unidad e independencia nacional ante los seculares intentos de Inglaterra por absorberla en la Gran Bretaña, se libró en los años finales del siglo XVII, en tierras del Nuevo Reino de Granada, muy cerca de la actual frontera colombo-panameña e involucró,

por acción u omisión, a las principales potencias occidentales de la época.

Aunque desde los inicios del siglo XVII Inglaterra y Escocia habían aceptado una monarquía común, en una entidad llamada Reino de la Gran Bretaña que respetaba la autonomía de cada Estado, el ascenso al trono de la pareja conformada por el príncipe holandés Guillermo de Orange y su esposa María Estuardo, luego de la ‘gloriosa revolución’ de 1688, que significó el triunfo definitivo de la monarquía constitucional, implicaba que la posibilidad de contradicción entre los intereses de los parlamentos de los dos países fuera cada día más cercana. A pesar de ser un país pequeño y pobre, Escocia generaba algún excedente económico, procedente de sus industrias ligadas a la pesca, la ganadería, el cultivo de cereales, los textiles y productos como la sal y el carbón, pero debía enfrentar las prácticas monopolistas de Inglaterra, que le dificultaban el comercio con ella, con otras naciones europeas y con las colonias de ultramar;



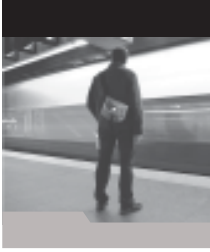
por tanto, el fortalecimiento de la economía escocesa y su supervivencia como país independiente exigía la conquista de un vigoroso comercio exterior. Como resultado de esa preocupación, el Parlamento escocés aprobó una ley, en 1693, por la cual declaraba la potestad de sus mercaderes para formar compañías mercantiles extracontinentales, a la manera de las que habían establecido los ingleses para las Indias Orientales y holandeses y daneses para las Indias Occidentales. Por otra ley, de 1695, aprobó la creación de la «Compañía escocesa para el comercio con África y las Indias», facultada para establecer colonias ultramarinas en territorios despoblados en donde no ejerciera dominio efectivo otra corona europea. El presupuesto para su funcionamiento se tasó en 600.000 libras. Como un capital de tal magnitud era imposible de reunir por los escoceses, se convino en interesar a comerciantes ingleses independientes, los cuales consignaron la mitad que les correspondía en tan sólo 9 días, en noviembre de 1695. Sin embargo, la inmediata reacción de la Compañía inglesa en contra de quienes podrían transformarse en temibles adversarios, y la expedición por parte del rey de medidas restrictivas en contra de la proyectada empresa escocesa, produjeron el retiro definitivo de los accionistas ingleses y la explosión del sentimiento nacionalista en Escocia, herida en su amor propio por lo que se interpretó como una agresión inaceptable de Inglaterra. Imposibilitados los comerciantes escoceses para reunir por sí solos la totalidad del dinero, redujeron sus pretensiones a 400.000 libras y convocaron a la nobleza, a los fabricantes, profesionales y artesanos a que colaboraran con la financiación de la empresa, cometido que apenas se alcanzó en agosto de 1696.

Si bien es cierto la Compañía escocesa estuvo concebida en sus inicios para el comercio con Oriente, es en este momento en que gana su máxima influencia uno de sus directores, el célebre William Paterson, para dirigir su objetivo hacia América. Paterson nació en Tinwald (Dumfries, Escocia), en abril de 1658; allí se empleó en modestos oficios y, ya adolescente, partió para Bristol y luego emprendió viaje a América. No hay certeza de su itinerario en el Nuevo Mundo, aunque se sabe que estuvo en Boston y en Jamaica y posiblemente en el Darién. Según otras versiones, sin embargo, sus noticias sobre el istmo sólo las obtuvo, en la primera época de su vida, de los relatos de bucaneros como Lionel Wafer, William Dampier y Basil Ringrose, cuyos manuscritos leyó y poseyó antes de que aparecieran los impresos respectivos. Sus lecturas y conversaciones con marinos, piratas, funcionarios y viajeros lo fueron convenciendo de que el Darién era la zona más privilegiada del planeta, «puerta de los mares y llave del universo», y quien la dominara tendría la clave para el comercio entre Atlántico y Pacífico, Oriente y Occidente, Norte y Sur. Meticulosamente fue diseñando un proyecto que, al volver a Europa, maduró en sus detalles a medida que sus diversos negocios lo iban convirtiendo en el dueño de una importante fortuna, al punto de llegar a

En 1695, cuando comenzó la venta de acciones de la proyectada Compañía escocesa, tuvo destacada actuación James Balfour, quien después sirvió en Londres como uno de los directores de la misma. Es un nombre para recordar, no solo por sus propias ejecutorias, sino porque es un antepasado directo de Robert Louis Balfour Stevenson, autor de *La Isla del tesoro*.

ser uno de los fundadores y uno de los primeros directores del Banco de Inglaterra, en 1694. En suma, su plan consistía en lograr el apoyo de los indios en una región del Darién en donde los españoles no ejercieran un dominio efectivo, construir un puerto protegido y, a través de una carretera que comunicara los dos mares, facilitar el comercio con Oriente por una comisión del 3% del valor del intercambio. Comentó sus ideas con comerciantes y financistas ingleses, holandeses, hamburgueses y con el elector de Brandeburgo (futuro Federico I, primer rey de Prusia), pero todos ellos se mostraron indiferentes cuando no hostiles a la osada aventura. Por supuesto, entendía Paterson que este no era sólo un proyecto comercial sino también militar y político, para debilitar el imperio español en América, tarea que suponía de interés para las otras potencias europeas. Pero no era el burdo cálculo de intereses el que fijaba el norte de su febril actividad: en su mente soñadora, el Darién era la tierra prometida, el paraíso recobrado en donde la naturaleza retribuía con generosidad ilimitada cualquier especie animal o vegetal que se plantara. El clima era idílico, ricas las minas de oro, el agua potable, abundante la pesca, amplio y seguro el puerto y, por añadidura, el enclave podría llegar a ser el eje para el comercio con Asia y África. Con el tiempo, la proyectada colonia se convertiría en el germen de una nueva sociedad basada en el trabajo, en donde no hubiera lugar a distinciones de nacionalidad, religión o raza: el recurrente anhelo de todos los utópicos que en el mundo han sido, una vez más renacido en tierra americana.

En 1695, cuando comenzó la venta de acciones de la proyectada Compañía escocesa, tuvo destacada actuación James Balfour, quien después sirvió en Londres como uno de los directores de la misma. Es un nombre

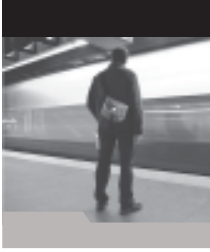


para recordar, no solo por sus propias ejecutorias, sino porque es un antepasado directo de Robert Louis Balfour Stevenson, autor de *La Isla del tesoro*. Pero Paterson era el más importante comerciante escocés radicado en Londres; en tal condición, fue invitado a participar como uno de los directores londinenses, encargo en el que desarrolló una entusiasta actividad. Al fracasar la vinculación inglesa, se mudó a Edimburgo y es en estos días decisivos cuando, por su insistencia ante los otros directores, cambia la orientación de la Compañía, del Oriente al Darién. Paterson exhibió sus manuscritos, documentos, libros y mapas, y contó las experiencias del naturalista William Dampier y del cirujano Lionel Wafer, bucaneros los dos. Este último fue herido en una de sus incursiones de manera tal que quedó impedido de viajar, vivió durante 4 meses con los indios cuna, caminó por el istmo en uno y otro sentido, exaltó la fertilidad del territorio y la simpatía de los indígenas por quienes fueran enemigos de los españoles. Él y su amigo Dampier serán citados y escuchados, sucesiva y secretamente en ambos casos, por personalidades y funcionarios ingleses y escoceses (entre sus contertulios de Londres se encontraba John Locke). Paterson propuso con argumentos convincentes, el mejor sitio para fundar la colonia y se asesoró de Isaac Blackwell, otro veterano bucanero, para conseguir los medicamentos, herramientas, comida, licores, libros, mercancías, regalos para los indígenas, armas y ropas indispensables para los expedicionarios. Convencidos sus colegas de la conveniencia del proyecto, retornó Paterson al continente en busca de apoyo financiero y político, pero otra vez fracasó en su empeño. Por último, la pérdida de unos dineros que le fueron confiados para la compra de ciertas provisiones ocasionó que fuera retirado de la Compañía aunque, al comprobarse que fue víctima de engaño por un socio inglés, se le permitió participar en la simple condición de voluntario en 1697.

Los siguientes preparativos tuvieron que ver con la terminación de las naves en los puertos de Amsterdam y Hamburgo, el equipamiento de las mismas y la selección de los mil doscientos viajeros, entre los que se contaban marineros, militares, campesinos, artesanos, algunas mujeres y dos judíos expertos en lenguas, con la promesa de que todos tendrían 50 acres de tierra fértil y casa propia. Dirigía la expedición un consejo de 7 personas, el mismo que sería el responsable de la proyectada colonia. La flota estaba integrada por cinco barcos, tres de ellos armados con un total de 182 cañones (el *Caledonia*, el *Saint Andrew* y el *Unicorn*) y dos barcos tenderos (el *Dolphin* y el *Endeavour*). La idea era partir a mediados de abril de 1698, pero el viaje inició el 17 de julio de 1698 cuando, en medio del júbilo y la expectativa de todo Edimburgo, el oficial al mando ordenó la salida del puerto de Leith, con una ruta secreta aún para la misma tripulación, pero que era por la isla portuguesa de Madera, para llegar luego a la isla de Cangrejos, cerca de Puerto Rico, luego a la isla danesa de Santo Tomás y finalmente a la Isla de Oro, situada al frente de la que después se conocerá

como Bahía Caledonia y Puerto Escocés, zona que empezaron a explorar a partir del 1 de noviembre de 1698.

Los inicios de la colonia, conocida con el nombre de Nueva Caledonia, fueron prometedores: el sitio escogido estaba protegido por bosque nativo y varias islas cercanas, el clima parecía benigno, la distancia al Pacífico era corta, los cañones de los barcos se montaron estratégicamente en defensa del poblado y la relación con los indios fue fácil y amistosa desde el primer día. Incluso, se quiso formalizar al estilo europeo, con la firma de un pacto suscrito con uno de los líderes indígenas, pomposamente llamado *Tratado de amistad, unión y confederación perpetua, acordado y refrendado entre el muy honorable Ayuntamiento de Caledonia y la Excelencia de Diego Tuapantos y Estrada, Jefe y Conductor Supremo de los Indios habitantes de las tierras y posesiones en y cerca de los ríos de Darién y San Matolome*. Vino en seguida la construcción de casas y la repartición de solares; por último, Paterson y algunos otros salieron a explorar el interior de la región, viaje que pareció confirmar sus más optimistas expectativas. Todo ello permitió que el consejo de gobierno emitiera sus primeras ordenanzas, basadas en ideas de libertad de conciencia y de comercio, igualdad y educación universal y libre. Al cabo de pocas semanas, sin embargo, las ilusiones de prosperidad se desvanecieron rápidamente, al tiempo que las enfermedades tropicales hacían mella en los colonos y la velocidad con que se corrompían los alimentos era mucho mayor que aquella con que se producían unos nuevos. Además, desacuerdos acerca del rumbo a seguir, rotación de las responsabilidades de dirección entre los varios consejeros, ausencia de una figura central fuerte y respetada, riñas, alcoholismo, nubes omnipresentes de zancudos y mosquitos, además de serpientes y otros animales peligrosos, agua de baja potabilidad, demora en el inicio del cultivo de las tierras e ignorancia acerca de la selección de las mejores alternativas para la plantación, llegada de la temporada lluviosa que aceleró la descomposición de los alimentos, escasos desde un comienzo, fueron algunas de las razones que produjeron deserciones y muertes y la sensación de crisis que obliga a adoptar medidas desesperadas. Una de ellas fue la de mandar los dos barcos tenderos a comprar alimentos y vender las mercancías traídas de Escocia. Pero el *Endeavour* tuvo que devolverse sin lograr su cometido a causa del mal tiempo, el *Dolphin* se estrelló, en febrero de 1699, cerca de Cartagena y todos los sobrevivientes fueron apresados por los españoles y llevados a trabajos forzados en las murallas de la ciudad. Más grave todavía fue la decisión de las autoridades inglesas de pasar de una indiferencia casi hostil a una abierta oposición hacia la nueva colonia. Inglaterra consideraba que su gran rival para alcanzar el dominio en Europa era el rey Luis XIV de Francia y en el delicado equilibrio del momento sería decisivo lo que pasara tras la muerte de Carlos II de España, *el Hechizado*, rey enfermizo y sin hijos, cuya sucesión marcaría el rumbo de la política continental en el siglo XVIII. Así las cosas, lo que menos interesaba a



Inglaterra era facilitar un acercamiento entre franceses y españoles, contexto en el cual la osada aventura escocesa podría ser mal interpretada en Madrid. Esta situación explica la circular de la corona inglesa a los gobernadores de sus colonias en América del Norte y las Antillas, de 2 de enero de 1699, por la cual prohibía toda comunicación y comercio con los escoceses. Esta información, conocida en Nueva Caledonia en mayo siguiente, produjo un efecto devastador, magnificado por el hecho de que casi al mismo tiempo se divulgaron las instrucciones españolas a sus fuerzas en Méjico y Cartagena para lograr la expulsión de los escoceses (a quienes habían producido algunas bajas en una primera escaramuza en febrero de 1699) y a la constante hostilidad de los franceses radicados en Haití y los ingleses de Jamaica, celosos de la competencia mercantil en una región en donde consideraban tener privilegios consagrados. Sin alternativa posible, enfermos, hambrientos, sin recursos, abandonados por su propio rey, convencidos de la inminencia de un ataque militar español, los escoceses abandonaron su colonia americana, el 18 y 19 de junio de 1699, en dirección a Nueva York, a donde sólo llegaron 350 sobrevivientes, a bordo del *Unicorn* y el *Caledonia*. Tras varias semanas de convalecencia, unas pocas decenas de ellos retornaron en el *Caledonia* a Escocia, a donde llegaron el 20 de noviembre de 1699. Uno de ellos era William Paterson, quien presentó el informe final de la frustrada colonia a los directores de la Compañía el 19 de diciembre siguiente, documento fundamental para reconstruir la historia de Nueva Caledonia.

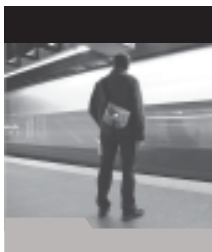
Hubo aún una segunda expedición escocesa al Darién, organizada y montada antes de conocerse el desastre de la primera. Salió en dos partes: un primer grupo, de 300 integrantes y a bordo de dos embarcaciones, zarpó de Leith el 12 de marzo de 1699; el segundo grupo, con 1300 colonos, zarpó de Rothesay, en cuatro naves, a comienzos de septiembre. Los primeros encontraron desolación y abandono, al punto de que con rapidez abandonaron el sitio, en dirección a Jamaica, con excepción de una docena de valientes que prefirieron quedarse con los indios. Los

El fracaso del ‘proyecto Darién’ significó un extraordinario desangre económico y humano para un país pequeño y pobre como Escocia y su última gran empresa como país independiente.

segundos, que llegaron el 30 de noviembre, no tuvieron mejor suerte, a pesar de su mejor organización y experiencia y de haber recibido refuerzos en hombres y bastimentos de Nueva York y de la misma Escocia, pues el panorama internacional no había cambiado y la reacción española ya estaba preparada. El 23 de febrero un destacamento naval español, bajo el mando del comandante Juan Díaz Pimienta, se presentó frente a Puerto Escocés y, luego de la llegada de tropas de tierra, forzó la rendición de los colonos, quienes abandonaron el enclave en forma definitiva el 25 de abril de 1700, para iniciar un retorno aún más errático y penoso que el de la primera expedición, con centenares de muertos por enfermedades y desastres marítimos y un sólo barco, el *Speedy Return*, capaz de volver a Escocia. Entre los sobrevivientes se encontraba el pastor presbiteriano Alexander Stobo, quien prefirió quedarse en Carolina y nunca regresó a Escocia. Es el tatarabuelo de Teodoro Roosevelt, de funesta pero decisiva influencia en el futuro del istmo.

El fracaso del 'proyecto Darién' significó un extraordinario desangre económico y humano para un país pequeño y pobre como Escocia y su última gran empresa como país independiente. El resentimiento contra Inglaterra fue profundo y los desórdenes y el enfrentamiento entre las dos naciones se expresó, entre otras muchas formas, en la quema en plaza pública tanto en Edimburgo como en Londres, de publicaciones inglesas y escocesas que ofendían a la contraparte. Pero esas contradicciones habrían sido más radicales de no haber sido por una paciente y hábil actividad conciliatoria del rey, unida a la aprobación de leyes para fomentar el comercio escocés y otras más para aliviar las quiebras de los accionistas y para lograr, como se hizo, que España liberara a los colonos apresados. Adicionalmente, tuvo algún éxito en demostrar que, más allá de la oposición inglesa, fue determinante en el desastre la equivocada administración de la Compañía, criterio en el cual coincidió alguien de tanta influencia como William Paterson. Sin embargo, todavía con estas heridas abiertas en pleno, a finales de 1700 murió Carlos II de España y su trono fue para el duque de Anjou (ahora Felipe V de España), nieto de Luis XIV de Francia, sucesión que significó el fin de la dinastía de los Austrias y el comienzo de la de los Borbones. Esta definición desbarató todos los planes de la política exterior de los años previos, el proyecto Darién incluido. Las contradicciones entre Inglaterra y Francia eran de tal magnitud que la guerra se hizo inevitable y fue formalmente declarada en junio de 1702; en estas condiciones, Paterson y Wafer lideraron la propuesta de una tercera expedición al Darién y hubo, de hecho, una incursión de medio millar de ingleses contra el istmo, organizada en Jamaica en 1702, pero las circunstancias de la guerra en Europa impidieron su continuación.

El paso de los días convenció a ambas partes de la peligrosidad de una división que podría llegar a ser suicida y, con repugnancia y a



regañadientes, los obligó a reconsiderar sus posiciones. En 1705, los parlamentos de Inglaterra y Escocia acordaron nombrar delegados facultados para negociar las condiciones de la unión política, aunque también se vino a demostrar, al cabo de muchos decenios, el soborno del Parlamento escocés y la participación como agente encubierto y pagado por los ingleses de una personalidad muy significativa, el novelista Daniel Defoe, autor de *Robinson Crusoe*. Los difíciles acuerdos alcanzados se plasmaron en un Acta finalmente aprobada en 1707. Entre sus exigencias, los ingleses incluyeron la terminación de la Compañía comercial ultramarina de los escoceses, quienes aceptaron, a cambio de indemnización para sus accionistas. Entre estos últimos no se encontraba William Paterson, alma y nervio de la expedición al Darién, pues debió entregar sus títulos cuando se produjo la pérdida de los dineros que le fueron confiados en 1696; sin embargo, en reconocimiento a su entusiasmo, esfuerzo y entrega a una causa nacional, el Parlamento del Reino Unido de Gran Bretaña aprobó para él, en 1715, una remuneración especial de 18.241 libras. Paterson murió en Londres, el 22 de enero de 1719.

Vistas las cosas desde hoy y presentadas en un relato apresurado con muchos nombres y fechas, puede parecer un asunto prolijo y algo farragoso. En la realidad, sin embargo, tuvo que ser toda una epopeya vivida en unos pocos kilómetros cuadrados de territorio neogranadino, en donde coincidieron en apenas año y medio de finales del siglo XVII (de noviembre de 1698 a abril de 1700), campesinos venidos de las montañas escocesas que sólo hablaban gaélico, con militares y artesanos que se expresaban en inglés, en un territorio de soberanía española, visitados por marinos y contrabandistas franceses, holandeses, daneses, alemanes y portugueses, intermediados todos ellos por indios cunas, algunos emberás y esclavos cimarrones africanos. Con razón, cuando Díaz Pimienta logró el acuerdo para el fin de la segunda expedición, las capitulaciones respectivas tuvieron que ser redactadas en latín, apoyo lingüístico que todavía ofrecía una base común para tan vasta polifonía; y eso, sin aludir al componente religioso, inevitable también en el cruce de caminos de culturas de diversas procedencias que unió, mezcló y enfrentó en momentos diferentes a presbiterianos, anglicanos, puritanos, calvinistas, luteranos, hugonotes, judíos y católicos en un contexto caribeño rico también en sus propias creencias animistas. Parece legítimo entonces esperar que la literatura extienda su mirada comprensiva sobre un asunto de la historia colombiana que no merece el menosprecio del olvido. **bU**

Referencias comentadas

En Escocia e Inglaterra es abundante la producción bibliográfica sobre la colonización escocesa del Darién, que empieza antes de que partiera la primera expedición y continua hoy en día. En contraste, en nuestro país es poca y marginal la atención que se le ha brindado. he aquí las fuentes que conozco:

Antonio B. Cuervo incluyó en su *Colección de documentos inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*, t. II, Bogotá, 1892, p. 251-273, la *Descripción ó relación del Golfo de el Darién é Istmo del mismo nombre*, firmada por Antonio Arévalo en Cartagena de Indias, el 31 de marzo de 1761; el capítulo III llamado 'Colonias extranjeras' (p. 256-259), se refiere con exclusividad a la Nueva Caledonia; llama la atención que emplea los gentilicios 'escoceses' e 'ingleses' casi como si fueron equivalentes.

Luis Augusto Cuervo, en general correcto, publicó en el *Boletín de Historia y Antigüedades* (BHA) de la Academia Colombiana de Historia (ACH) vol. XVI, n° 185, 1927, p. 298-300, una *Nota histórica* en que afirma, entre otras cosas, que Paterson era pastor protestante y que «hizo provechosos viajes por la América del Sur», falsedades protuberantes.

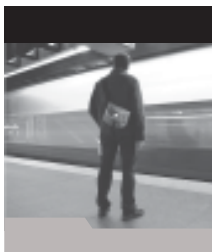
Eduardo Restrepo Sáenz incurre en su lectura *Los escoceses en el Darién*, en el BHA vol. XVIII, n° 208, abril de 1930, p. 379-386, en algunos errores de cuidado.

Álvaro Rebolledo escribió un buen resumen en su *Reseña histórico-política de la comunicación inter-oceánica*, San Francisco, California, Editorial Hispano-América, 1930, p. 47-54.

El *Diario del gobernador de Cartagena, don Juan Díaz Pimienta*, elaborado por el comandante español desde el 12 de febrero de 1700, cuando zarpó de Cartagena, hasta el 8 de mayo del mismo año, cuando volvió triunfante a la misma ciudad, está publicado en el BHA vol. XIX, 1932, n° 224, p. 646-664 y n° 225, p. 730-744, según transcripción del original encontrado en el AGI por Francis Russell Hart.

Germán Arciniegas hizo amena y vívida exposición del tema en el capítulo XIII de su *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945.

Alberto Miramón es autor de un artículo titulado *Paterson, el inglés [sic] que no conquistó el Darién*, aparecido en *Revista de América*, Bogotá, vol. 6, n° 17, mayo de 1946, p. 240-246; con la bibliografía que cita, hubiera podido hacer una buena reseña, pero no la usó o no la entendió, a juzgar por el título y su confusión de 'escoceses' con 'irlandeses' (!); años más tarde volvió a publicarlo, con algunos cambios: eliminó la bibliografía, añadió un mapa y ocho párrafos al final, pero conservó la mayoría de los errores. El nuevo título es: *William Paterson: de colono del Darién a fundador del Banco de Inglaterra*; puede consultarse en *Vínculo Shell*, Bogotá, vol. 15, n° 20, 1962, p. 18-21.



José J. March hace un desabrochado compendio en las p. 43-48 de *El Mito del Darién*, México, Editorial Comaval, 1960.

Edgar Vaughan escribió en el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, vol. 9, n° 2, 1966, p. 189-218, el artículo *La colonia escocesa en el Darién (1698-1700) y su importancia en los anales británicos* que, a pesar de las más de cuatro décadas transcurridas desde entonces, de algunas imprecisiones y de que sólo consulta fuentes inglesas y escocesas, es el resumen en lengua española más laborioso y confiable que conozco.

Eduardo Lemaitre, en su *Historia general de Cartagena*, Bogotá, 1983, dedica el capítulo XXVI del t. II, p. 231-238, a presentar unos apuntes vagos y prescindibles.

Gonzalo Hernández de Alba escribió en la *Revista Credencial Historia* n° 21, septiembre de 1991, p. 4-7, un artículo ilustrado con 2 mapas y otras figuras titulado *Nueva Caledonia. Una colonia de escoceses en el Darién, fundada en 1698*.

María Teresa Uribe hace breves referencias al asunto, sin ningún aporte, en *¿Urabá, región o territorio?* Medellín, 1992, p. 18-19.

El periodista estadounidense Tom Quinn publicó en el diario *El Tiempo*, de Bogotá, el artículo *Desastre en el Darién* (domingo 18 de junio de 1995, p. 4B).

Sergio Elías Ortiz incluyó en su libro para la *Historia extensa de Colombia*, vol. III, t. 4, p. 252-258, el *Intento de colonización de súbditos escoceses en el Darién*, ACH, Bogotá, Ediciones Lerner, 1996, artículo ponderado y acompañado de un mapa ilustrativo.

José E. Mosquera, en *Las guerras y los conflictos del Darién*, Medellín, Editorial Lealon, 2002, dedica las p. 31-36 a presentar un extracto, muy descuidado, basado en María Teresa Uribe y José March.

En la Biblioteca Luis Ángel Arango existe, en copia mecanografiada, una crónica novelada (más de lo primero que de lo segundo) sin nombre de autor ni fecha, pero escrita hacia el año 2004, titulada *Nosotros, los siervos de Nueva Escocia*, en 96 p.